

podieran contar sin muy larga historia, y aquí se suman con la brevedad posible. Y es cierto que padecieran todo cuanto se les ofreciera hasta morir todos, o alcanzar lo que deseaban. Cuando lo alcanzaron fue tanta su alegría que olvidaron todas las angustias pasadas, y con gran contento hicieron en breves días un devoto monasterio, y una muy buena iglesia. Y están en paz y tienen doctrina, y es de la mejor y más dócil gente de esta Nueva España. Nuestro Señor los tenga de su mano y a todos nos dé buena muerte y su gloria.

CAPÍTULO IX. *De lo que les sucedió a los indios de el pueblo de Tehuacan, por no perder la doctrina de los frailes franciscos que tenían, y es capítulo muy de notar*



EL PUEBLO DE TEHUACAN (como en otra parte dijimos) fue de los segundos donde poblaron los doce primeros evangelizadores por la buena comarca que tenía de otras muchas provincias que caen algo lejos de Mexico, y como en aquel tiempo que poblaron no tenían ojo sino a la conversión de las almas, edificaron su monasterio en el mismo lugar donde los señores y más principales residían, sin advertir que aquel sitio era pestífero, por muy caliente y húmedo, por estar en lugar bajo y en abrigo de unos muy grandes cerros, que no dan lugar a correr algún aire saludable; a cuya causa era aquella habitación muy enferma y en ellas apenas se criaban niños, que luego se morían los más de ellos. Esto se echó de ver después de andado el tiempo, porque no iba fraile a morar aquella casa que luego no enfermase. Y lo mismo experimentaban en los indios de aquel sitio, que a mucha priesa iban en disminución, en especial por no criarse niños, que son los que conservan las poblaciones.

Por esto persuadieron los religiosos a los principales que se mudasen a otro sitio, que con mucho cuidado eligieron, en lugar templadísimo, airoso y de buena tierra, donde hoy día se hacen las mejores uvas, granadas, membrillos que hay en esta Nueva España, y muchos melones. A los principales (convencidos de la sobrada razón que para ello había) les pareció muy bien y lo aceptaron de palabra, sin alguna contradicción, y tomaron sus solares; mas venidos al efecto de pasarse a ellos, como estaban hechos a sus casas antiguas y de su natural son tardíos y flojos, y mucho más los de tierra caliente; y por otra parte jamás les falta ocupación en servicio de españoles, nunca acababan de ejecutarlo, sino que de hoy a mañana lo iban dilatando, cumpliendo de sola palabra con los frailes, y en esto se pasaron algunos años.

Ofrecióse en el de 1568, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, que fue necesario desamparar algunos monasterios, porque en aquel tiempo, más que en otro, hubo mucha falta de frailes, por no haber venido en aquella sazón (como solían) de España, y acá eran pocos los que tomaban

el hábito. Tanto que se hubieron de dejar siete o ocho casas o monasterios, con acuerdo de que fuesen los más remotos de el corazón de la provincia. Y como Tehuacan era uno de éstos y donde menos los frailes quisiesen ir a morar, húbose también de dejar, viendo que los indios no cumplían lo puesto de mudarse al buen sitio que tenían elegido; y también, porque ya no era tan necesario, como lo fue a los principios, por estar ya pobladas de otros religiosos las provincias que allí acudían al bautismo y sacramentos. Esta dejada de casas (porque fuera imposible tener efecto si los indios de aquellos pueblos tuvieren de ella noticia) ordenóse con grandísimo secreto y cautela. De manera que en un mismo día llegasen las cartas de el provincial a todas aquellas casas en que mandaba, por obediencia y con pena de excomunión *ipso facto*, a los frailes que en ellas residían, que con todo secreto y disimulación posible se saliesen de ellas y cada uno fuese a la parte que se le señalaba.

En Tehuacan estaba ya fuera el guardián, y sólo un sacerdote se halló en casa cuando llegó este mandato. Y para poderlo cumplir de secreto, como se le mandaba, escribió a un clérigo su devoto y amigo que residía cinco leguas de allí, rogándole le enviase media docena de indios de carga, cada uno con su cesto; de los que ellos usan de acarreo, como que los quería para enviarle con ellos alguna fruta de la mucha que por allí se hace (y no era sino para sacar en ellos los libros que los frailes tenían en aquel convento de su uso y enviarlos a otra parte, que así se lo mandaba el provincial). Venidos los indios que le envió el clérigo, cargólos de los libros; y enviólos más de dos horas antes del día, porque no fuesen sentidos. Mas los principales de Tehuacan, que estaban avisados (según después dijeron) de cómo los querían dejar los frailes, tenían puestas guardas por todas partes. Y viendo que se despachaban indios de otro pueblo, cargados con tanto secreto y a tal hora, dieron aviso y salieron a ellos quince o veinte de el pueblo y quitáronles los libros y otras cosas que llevaban y guardáronlos en la casa de su comunidad, sin decir nada al fraile; pero como los indios que iban cargados dieron razón de lo hecho al clérigo, dio luego aviso por carta al fraile de lo que había pasado. El cual, por cumplir con el mandato de el prelado de que fuese el caso secreto, quiso desvelarlos, dando otra salida al caso sucedido; pero declarándose ellos más, le dijeron que no pensase de engañarlos; porque de antes estaba sobre aviso y ahora se certificaban de lo que les habían dicho, que los querían dejar; por tanto, que les perdonase, porque ellos lo habían de guardar con mucho cuidado y no lo habían de dejar salir de su monasterio, pues estaban obligados a mirar por lo que cumplía a su pueblo. Otro día siguiente amanecieron cerradas a piedra y lodo todas las entradas del patio de la iglesia; sólo dejaron una pequeña puerta, echándole llave, porque nadie entrase ni saliese sin que supiesen quién era, qué quería y qué llevaba. Otro día siguiente amaneció tapiada la portería del monasterio, dejando solamente un pequeño agujero por donde entrase y saliese a gatas un indio. De día venían al patio muchas indias con sus criaturas y traían sus piedras de moler y allí molían y hacían su comida, y lo demás del tiempo hilaban su algodón, ar-

mando sus tendezuelas que les hacían sombra. Y esto era para hacer su guarda, porque los hombres la hacían de noche.

Las cartas que venían para aquel religioso no se las daban sin examinarlas primero, porque si eran del provincial no viniesen a sus manos. Con todas estas prevenciones estaban estos indios; pero no les valió para que el religioso no recibiese una de su prelado, en que le mandaba, por censuras, que pues no podía sacar de el convento los libros y ropa de los frailes, procurase, por todas vías, de salirse, dejándolo todo. Para cumplir esto buscaba el tiempo que le parecía más oportuno, y acometió de salirse algunas veces, mas en queriéndolo intentar, hallaba que se ponían delante un escuadrón de mujeres, hechas una piña. Como sabía que el fraile no había de poner sus manos en ellas, ni hacerles mal, en especial echaban las preñadas delante, porque menos se atreviese a alargar el paso, a cuya causa no le era posible cobrar ni un solo pie de camino, antes le hacían volver atrás.

Avisado de esto su prelado escribiéndole con cierto caballero que para ir a Guatemala, había de pasar por allí, le mandó que en ninguna manera les dijese misa, ni les administrase algún sacramento; porque no siéndoles de ningún provecho su asistencia le dejasen salir. Y como a esta persona principal no le podían impedir el hablar con el fraile, húbole de dar la carta, sin saber lo que venía en ella, más de cuanto había prometido al provincial de dársela en su mano. Y éste fue el remedio eficaz para que lo dejasen ir al cabo de tres meses, o poco menos que lo tenían encerrado; porque dándoles a entender lo que se le mandaba y que sin remedio ni excusa lo había de cumplir a la letra, viendo que su estado no les había de ser de provecho y al pobre fraile lo habían de tener afligido y desconsolado, diéronle lugar para que se fuese, aunque con increíble sentimiento.

El religioso, por no ver lo que harían al tiempo de su partida, acordó de madrugar muy de mañana y salir buen rato antes que amaneciese, entendiendo que en aquella hora todos estarían durmiendo en sus casas; pero sucedió muy de otra manera de lo que él pensaba; porque saliendo de la portería, para ir a su camino, halló que todo el pueblo, no sólo de la cabecera, sino también de las aldeas y sujetos, estaba en el patio, hombres y mujeres, con muchas hachas de tea encendidas, con tanta claridad como si fuera de día; y en viendo salir al fraile por la puerta todos ellos levantaron un llanto y alarido que parecía día del juicio, y consolándolos él, luego comenzaron a ponerse en procesión, los hombres por una parte y las mujeres por otra, e hicieron dos hileras (conforme a su uso) que tomaban casi una legua, hasta una iglesia que se dice San Pedro, donde les amaneció, que hasta allí no lo quisieron dejar, y allí, por su ruego, les dijo misa; y dicha, se volvieron a Tehuacan, aunque no todos, porque algunos de los principales y aun sus mujeres, fueron tras él hasta Tecamachalco, que son diez leguas de camino.

Es de advertir que todo el tiempo que tuvieron a este religioso detenido anduvieron los principales del pueblo ocupados en venir a Mexico y a otras partes, remudándose a veces, solicitando a los religiosos viejos que habían

sido sus guardianes y a otras personas principales, tomándolos por terceros para que no les quitasen los frailes. Y lo mismo comenzaron a proseguir, después que salió el que tenían para que se lo volviesen; mas fue en balde su diligencia, porque apenas había salido cuando luego el obispo de Tlaxcalla, que estaba a la mira, aguardando que el fraile saliese, envió de presto un clérigo honrado, que tenía por visitador de su obispado, llamado Luis Velázquez, para que tomase la posesión de aquella casa e iglesia, como desamparada de ministros, y asistiese allí en su nombre, administrando a aquellos indios los santos sacramentos. Y puesto que los indios no quisieron dar lugar a ello, no lo pudieron resistir, porque fue metido allí el clérigo con mano y autoridad de la justicia; y así quedaron debajo de su ministerio contra toda su voluntad.

Pasados algunos pocos días sucedió que un fraile francisco, sacerdote de la provincia de Guatemala, llamado fray Juan de Ocaña, habiendo venido a Mexico a sus negocios, daba la vuelta para su provincia pasando por Tehuacan, que es el camino real; y llegado al pueblo el clérigo le recibió con caridad en el monasterio, donde durmió aquella noche. Los indios, viendo que tenían dentro del monasterio fraile francisco, no se les sufrió el corazón de dejar perder aquella tan buena y deseada ocasión, y concertaron, entre sí, lo que otro día siguiente pusieron por obra: y fue que, cuando el religioso, por la mañana, dijo misa y tomó un bocado para irse agradeciendo la caridad y buen hospedaje, salióle acompañando el clérigo; y en llegando a la portería, por buen comedimiento, salió el clérigo primero, dejando al fraile dentro. Los indios (que estaban hablados entre sí, y concertados para ello) como vieron al clérigo fuera de la puerta y al fraile dentro, cerraron de golpe el postigo de la portería dejando al beneficiado de parte de fuera. Luego acudieron algunos de ellos a su aposento, donde tenía su ropa y cama y tomándola toda echáronse por la ventana del coro, diciéndole, que se fuese con Dios y los dejase, que aquella casa era de San Francisco y a él no le habían menester.

El fraile encerrado hallóse confuso allá dentro y mucho más el clérigo allá fuera; y no pudo (ni aun con amenazas) ponerse en su libertad. Los indios (que luego la casa se hinchó de ellos) le rogaban con lágrimas que los redimiese de la fuerza que sin culpa les había hecho en quitarles los frailes en quien tenían todo su consuelo y abrigo. Y tanto le movieron que hubo de condescender con su petición y quedarse con ellos.

El buen clérigo Luis Velázquez, por la parte de fuera, comenzó hacer bramuras; mas viendo que no le habían de aprovechar porque ya todo el pueblo, hombres y mujeres, grandes y chicos, estaban con el buen fraile, y a él amenazando que se fuese por bien y le llevarían su ropa y hato; y donde no quisiese que todo se le perdería. Tuvo por bien de dejarlos, acordando de buscar el remedio por mano de la justicia, acudiendo a su prelado el obispo de Tlaxcalla. Y habiéndose ido y presentado ante él, lo despachó luego y con una petición suya y querrela a la Real Audiencia de Mexico, fue proveído que el alcalde mayor de Tepeaca, que entonces lo era Jorge Serón, como antes lo había sido de Tetzcuco, para la causa de San Juan Teo-

tihuacan, fuese ahora a castigar aquellos indios y a compelerlos que recibiesen al clérigo. Mas como ellos supieron por aviso de sus espías, que Jorge Serón iba con acompañamiento de españoles, levantaron rancho todo el pueblo junto y, llevando consigo al fraile para que les consolase en lo espiritual, fuéronse por los montes y lugares despoblados, teniendo por menor mal desamparar las casas de su habitación que perder el abrigo y amparo que tenían, debajo del hábito de nuestro padre San Francisco; y así no tuvo efecto la ida de Serón. De esta manera anduvieron peregrinando, como los hijos de Israel por el desierto, por espacio de dos o tres meses, hasta que les pareció que su negocio estaría olvidado de parte de el obispo, y por el consiguiente, de parte de la justicia; y volvieron al pueblo haciendo su asiento como solían.

Siendo avisado de esto Jorge Serón, y dejándolos descuidar por algunos días, cuando menos se cataron, dio sobre ellos con mano armada y prendiendo a los más principales hizo castigo en los que le pareció, porque si culpa había en lo hecho todos en general eran culpados y así lo confesaban. Y amenazándoles con la horca si no quisiesen recibir al clérigo por su ministro, todos se ofrecían a la muerte diciendo, sin algún temor, que luego los podía ahorcar, porque en ninguna manera habían de recibir en su pueblo otros ministros si no fuesen frailes de San Francisco.

Sobre esto hubo muchas demandas y respuestas, muchas idas y venidas a Mexico, padeciendo en este intervalo de tiempo muchos de ellos prisiones, otros azotes, y otros andando huidos y desterrados de su natural; hasta que el doctor Villalobos, que presidía en la Real Audiencia de Mexico, por falta de virrey, siendo informado de la calidad de la gente que era la de Tehuacan, y la entrañable devoción que siempre había tenido y tenía a la orden de mi padre San Francisco; y que los frailes solamente los habían dejado por no quererse mudar de el mal sitio donde estaban, al bueno que habían elegido, porque aquel pueblo no se perdiese dio orden cómo el obispo desistiese de la querrela puesta y pretensión que tenía; y que los frailes franciscos volviesen a tener cargo de aquellos indios; aunque para este tiempo (según se dijo) habían faltado de el pueblo más de quinientos vecinos, de ellos muertos con los muchos trabajos que pasaron y de ellos huidos. Los que quedaron escarmentando en lo pasado dejaron luego el sitio viejo, contrario a la salud, y en muy breve tiempo poblaron el nuevo donde, con el aliento y calor de los frailes, edificaron un alegre monasterio con su iglesia (que entonces fue de bóveda y por haberse caído la han cubierto ahora de madera), que en el tiempo presente es de mucha consolación para los que allí moran.

El bendito clérigo Luis Velázquez, que de aquellos indios fue desechado, vino a ser canónigo, por sus buenas prendas, de la catedral de Mexico y al cabo, conocida la vanidad de las pompas de el mundo y lo mucho que se gana dejándolo como vano, renunciólo todo y tomó el hábito de nuestro padre San Francisco y en él vivió algunos años, trabajando como siervo de Dios en la obra y ministerio de los indios (porque sabía bien su lengua); y en el mismo hábito murió el año de 1589, en el mismo convento de San

Francisco de los Ángeles, de esta provincia de el Santo Evangelio, donde está sepultado y descansa en paz.

Otro tanto, como lo que se ha dicho de Tehuacan, sucedió en otro pueblo, diez leguas más adelante y cincuenta de esta ciudad, llamado Teotitlan, donde tuvieron encerrado a otro religioso más de tres meses, y padecieron los indios muchos y grandes trabajos, hasta venir las mujeres principales con sus maridos y otras con sus hijos a esta ciudad a pedir a voces, con lágrimas y sollozos, a la Real Audiencia, que les mandasen volver los frailes de San Francisco que los habían dejado y les quitasen un clérigo que el obispo de Guaxacac allí les había metido contra su voluntad; mas estos pobres no alcanzaron la buena dicha que los de Tehuacan, por la mucha falta que en aquel tiempo hubo de frailes, y no haber paño para todos, y a esta causa quedaron en perpetuo desconsuelo; a los que de sus hijos han quedado, consuélelos Dios, como puede.

*CAPÍTULO X. Donde se dice cómo esta provincia de el Santo Evangelio dejó algunas casas y conventos, después de haberlos morado, y el intento que tuvo en dejarlas*



STANDO LAS COSAS EN ESTE SER y habiéndose ampliado y extendido el ministerio de esta nueva conversión por este modo: distribuidos ya y repartidos los ministros del evangelio por provincias distintas, segregadas y apartadas unas de otras, quedándose esta de el Santo Evangelio con las ciudades de Mexico y la de los Ángeles y sus contornos, llegaron el año de 1557 a hallarse faltos de religiosos; y la causa fue porque en aquella sazón murieron de golpe muchos de los viejos antiguos, que estaban ya cascados y quebrantados de los trabajos, y entonces también comenzaron a irse otros a España, movidos por los desfavores que recibían, en parte de los obispos de esta Nueva España y en parte de algunos oidores de la Real Audiencia, de los que quedaron solos, cuando murió el virrey don Luis de Velasco, el primero, y en otras ocasiones, y de algunos otros que vinieron por visitadores a esta Nueva España.

Esta falta de frailes fue causa que desde el año dicho de 57, siempre que los religiosos de esta provincia se juntaban a capítulo, siempre en ellos trataban de dejar algunos monasterios de los que tenían poblados, como cosa que de fuerza les convenía, para poderse conservar, aunque sobre ello no dejó de haber opiniones y diversidad de pareceres (como en todas las cosas la suele haber), porque algunos, teniendo respecto solamente a los graves daños en que habían de incurrir los indios, si fuesen desamparados de los religiosos, compadeciéndose de ellos, decían que era cosa recia dejarlos, no obstante que la sustentación de tantas casas, con tan pocos frailes, les fuese tan trabajoso e intolerable, y que por menor mal tenían que estuviese medio fraile solo en cada monasterio de aquellos, que se habían de dejar, o un